Yo te bautizo en el nombre de... con el nombre de...*

*Juan Diego Castillo***

¿He de irme como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
Al menos mis flores, al menos mis cantos.
Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.
Fragmento de poema náhuatl[1].

Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo [...]. De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: 'Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada'.
Libro del Génesis, Cap. 2o., v. 19 a 23.

Introducción

Hace tiempo que el problema del nombre propio llama mi atención, pero el detonante para iniciar una reflexión sobre el mismo surgió en la Universidad Autónoma de Nuevo León, donde Fernando M. González y yo coordinamos un taller sobre familias. Seguimos las pautas establecidas por Satuila Stierlin y realizamos un ejercicio en el que los participantes desarrollaron algunas tareas a partir de su propio nombre; su empeño y sinceridad hizo de la experiencia una fuente de abundante material para el taller, y para mi constituyó un concentrado de los elementos sobre el problema del nombre.

Algunos de los planos referentes al nombre propio surgidos durante el ejercicio fueron los siguientes: marcas culturales; concordancias y discordancias; relación con la concepción; disputas por él; como continuidad o diferencia; como delegación, ofrenda, marca de una separación o de una unión; polisemia del mismo; correspondencia con rasgos físicos; quién lo eligió y por qué; en qué ocasiones se usa y cuándo se le sustituye por apodos o sobrenombres de cariño; correspondencia con el sexo o no; etcétera.

Comencemos por señalar que al recibir un nombre somos sujetos de una "repetición", hecha, muchas veces, sin saberlo, por quien nos hace portadores de tal marca: todo nombre tuvo antes otro portador, todo nombre tiene una historia previa[3].

Un primer problema: elegir el título del trabajo, su nombre. Con el que tiene se quiere destacar el hecho de que el nombre propio implica a varios actores y se inscribe en una historia. Creo que con razón Françoise Dolto dice que dar a una conducta determinada un nombre es una forma de dramatizarla y estigmatizarla[4]. Nueva paradoja: resultado de una "conducta", el nombre propio es una marca que al mismo tiempo tiene "muy poca fijeza".

La discusión sobre el nombre propio se enriquecería si aprovecháramos los aportes de otras disciplinas[5]; sin embargo, salvo algunas excepciones, me concretaré al desarrollo de lo que me parece puede ser el aporte psicoanalítico, el que desde luego no tengo pretensiones de agotar.

El nombre: consideraciones generales

Desde la antigüedad, la pregunta por la naturaleza del nombre ha recibido diversas respuestas: es "por ley", designa a la cosa porque se le hace designarla; es "por convención", a la vez convencional y constante, expresa la naturaleza fija de las cosas y está destinado a pensar el ser de las cosas; es "por naturaleza" y cambia igual que lo hacen las cosas.

¿Es el nombre sólo un sonido convencional, sin significado en sí mismo y sin que ninguna de sus partes (por ejemplo, en los nombres compuestos) tengan tampoco significado alguno fuera del nombre?[6].

Hobbes define el nombre como:

> una palabra tomada [¿por quién?] arbitrariamente [?], que sirve como marca [¿de qué naturaleza?] que puede suscitar

---

* Ponencia presentada en el *V Simposio del Círculo Psicoanalítico Mexicano, A.C. a 50 años de la muerte de Freud*, celebrado del 20 al 22 de octubre de 1989 en México, D.F.

** Miembro del Círculo Psicoanalítico Mexicano, A.C. y del Grupo Polisemias, A.C.

> en nuestra mente un pensamiento [¿cómo?] parecido a algunas otras cosas [¿qué determina las similitudes?] que habíamos tenido antes [¿cómo las adquirimos o las perdimos?] y que, al ser pronunciado por otros, puede convertirse para ellos en signo de qué pensamiento tenía en sus mientes el espectador"[7].

Con las preguntas entre corchetes pretendo destacar que:

- Hay supuestos implícitos sobre el origen último del nombre y a fin de cuentas de la lengua.
- Se apunta la dirección en la que se ubicaría el aporte psicoanalítico al problema.

Wittgenstein desarrolló en el *Tractatus* la idea de que sólo la combinación de los elementos de un signo proposicional aquel "mediante el cual expresamos el pensamiento"[8], las palabras, se puede "expresar un sentido, una clase de nombres no puede". "El nombre significa el objeto. El objeto es su significado"[9]. No puedo dejar de relacionar los siguientes dos planteamientos:

- en el primero se establece la distinción entre los nombres y las proposiciones, "los nombres son como puntos; las proposiciones, como flechas: tienen sentido"[10];
- en el segundo se destaca la relación existente entre las dos nociones, "sólo la proposición tiene sentido; sólo en el contexto de la proposición tiene el nombre significado"[11].

¿Es pensable un nombre fuera del contexto de una proposición, aunque sólo se verbalice el primero y la segunda esté implícita? Wittgenstein contesta: "la proposición elemental consta de nombres. Es una conexión, una concatenación de nombres"[12]. Correspondería ahora tratar de dar cuenta, desde la óptica del mismo autor, de la especificidad de los nombres comunes por oposición a los nombres propios, pero no abordaremos aquí este problema.

Para Frege, los nombres propios tienen un "sentido", son descripciones disfrazadas[13], se usan si "dicen algo" al interlocutor.

> Puede considerarse que el sentido de un nombre propio para una colectividad determinada es un conjunto de conocimientos relativos al portador de ese nombre, conocimientos que, al menos en parte, posee todo miembro de la colectividad[14].

Los conocimientos del interlocutor nunca agotarán lo nombrado y, además, en su discurso consciente, sólo dispondrá fragmentariamente de "la parte" que posee; es imposible dar cuenta de todo lo que el nombre "dice".

Muchas de las oposiciones existentes entre los distintos autores adquieren un nuevo carácter al observarlas desde la perspectiva del psicoanálisis[15].

Ducrot y Todorov, en referencia a la determinación del nombre en este caso cultural, observan que existe "una tendencia a especializar ciertos tipos de nombres propios para ciertas especies" y, en el caso de los hombres, para ciertos grupos sociales[16]. Así la pretendida arbitrariedad referente al nombre propio, sostenida por otros autores, requiere de matices y encuentra límites frecuentes y relativamente fijos.

Una muestra nada despreciable de que cuando nombramos lo hacemos siempre desde un lugar de sentido anterior, lo constituyen las descripciones antropomórficas que encontramos frecuentemente en la literatura y la poesía, pero también en los trabajos científicos, como los referentes al comportamiento animal[17].

Algunos conceptos psicoanalíticos

> *Mientras dura la memoria varios hombres trabajan dentro de uno mismo: el de veinte años, el de treinta. En cuanto esta falla, uno se empieza a quedar más y más solo, las generaciones del yo se alejan y se burlan del viejo inerme.*
>
> Georg Christoph Lichtenberg[18]

Para Freud, "la memoria [poder de una vivencia para seguir produciendo efectos] está constituida por los distingos dentro de las facilitaciones". Esto significa que los distingos entre las vinculaciones asociativas de las representaciones proporcionarán una modalidad particular de organización mnémica. Así, las facilitaciones establecidas entre un nombre y el resto del material psíquico determinarán el nivel de significación del primero. Tres elementos, íntimamente interrelacionados, están en juego en el proceso mediante el cual el niño se apoderará paulatinamente del lenguaje y en particular de su nombre; de los dos primeros dice Freud: "La memoria depende de un factor que se designa 'magnitud de la impresión', y de la frecuencia con que esa misma impresión se ha repetido"[19]; el último depende del papel del otro en el proceso de constitución del sujeto psíquico: por la prematuración de la especie, el niño humano requiere del auxilio ajeno para el logro de la acción específica (alteración en el mundo exterior para la cancelación del estímulo); sin embargo, previamente el niño habrá intentado la satisfacción mediante la alteración interior, y esta vía de descarga -en la medida en la que a través de ella otro individuo advierte el estado del niño- cobrará "la función secundaria, importante en extremo, del entendimiento"[20]. Más adelante se verá cómo la combinación de los distintos componentes determina una apreciación diferente para el nombre real y para el de cariño.

Freud plantea que:

> Es preciso atribuir a toda representación, en general, varios caminos de conexión con otras representaciones; por tanto, varios puntos en los que es factible establecer una facilitación y en consecuencia estructurar un abanico de elecciones posibles[21].

En tres lugares distintos de la obra freudiana encontramos que una representación puede entrar a formar parte del

material psíquico sólo en términos de vinculación asociativa; es decir que, cualquier nombre, en tanto material psíquico entrará necesariamente en términos de significación[22].

El nombre propio

Una de las formas que la lengua tiene para referirse a los objetos son los nombres propios: los que convienen a un solo ser (accidentalmente puede haber más de un referente)[23]. Por oposición, la pluralidad de referentes es esencial a los nombres comunes.

¿Qué distingue a los nombres propios de las otras representaciones que se entraman en las redes de cadenas asociativas?

El apellido, dice Freud, "tiene el significado de algo objetivo", pero además es "algo de sentido múltiple, y por tanto puede equipararse a una palabra 'de doble sentido'"[24].

Ya vimos antes que existen dos posturas entre los autores: para unos, "el nombre propio es una simple etiqueta pegada a una cosa, esto es, tiene un referente, pero no sentido"[25]; para otros, "no es posible ninguna referencia sin sentido", un nombre propio se usa si "dice algo"[26].

Difícilmente podemos pensar en una "relación natural" entre el nombre propio y su portador. Nada del sujeto convoca necesariamente a un nombre determinado. De esta manera, hay una "arbitrariedad lingüística"[27]; no se trata del signo lingüístico saussuriano: lo que se trata de unir no es un concepto y una imagen acústica, sino una cosa y un nombre[28].

Un signo, en tanto comprendido, ¿es aislable del método mediante el cual llegó a representar, en el discurso, a su referente?[29]

El nombre es un significante, siempre incompleto e inacabado, de una identidad siempre buscada, nunca alcan*zable y con frecuencia temida.*

> Decir 'el alma está en mi cuerpo' o 'dentro de mi' es un curioso giro idiomático. Habría que decir 'soy esto'. No se dice 'la redondez está en la esfera'. Es la similitud lo que nos seduce. La identidad es algo objetivo, sólo la similitud es subjetiva[30].

Un nombre es un signo que surge como perteneciente al discurso de un sujeto psíquico cuando hay un significante -representación palabra- indisolublemente unido con un contenido, con una cosa que le da su razón de ser, su significado. No hay, ningún significante al que no le anteceda -en tanto la cosa se inscribe en el tiempo-una cierta historia, para expresar la que se le ha inventado.

Al examinar esa repetición llamada nombre, de la que todos somos víctimas y victimarios, hemos venido encontrando varios niveles y entre ellos deben existir continuidades y discontinuidades, oposiciones y consonancias, condiciones para pasar de uno a otro, etcétera.

Examinaremos un poco más cuatro de los niveles posibles: el cultural, cuyos límites son difícilmente precisables; el intrageneracional; el intersubjetivo familiar, que tiene con el segundo nivel necesarios e inevitables entrecruzamientos, y el intrapsíquico. En consecuencia, se trata de cuatro historias, cuatro universos de sentido que anteceden al bautismo y que conformarán al nombre.

Otro nivel identificable sería el de la historia propia del nombre en el ámbito de las ciencias del lenguaje. Aquí, en relación con la arbitrariedad lingüística, hablar de una historia (la que acarrearían consigo los nombres), plantea un problema complejo que rebasa el ámbito de este trabajo; sin embargo, haremos dos comentarios: ¿no nos estaríamos ubicando justamente en el terreno de lo histórico al hablar *de que un nombre "es materia de ley [...], de institución* [...], de convención"?[31]; si "para una noción, las expresiones varían en el tiempo y en el espacio, y en consecuencia no tienen con aquella ninguna relación necesaria"[32], ¿no nos quedaría todavía por averiguar qué relaciones sí tienen y que orden de realidad las determina en su aparición, en su uso, en sus variaciones, etcétera?

Para Saussure, en las clases de signos, creadas por necesidad humana, sólo hay una "arbitrariedad relativa" en la que "la organización de la lengua en categorías de signos está vinculada con la arbitrariedad del signo aislado, que permite superar". Aquí Saussure señala un aspecto importante desde la perspectiva de los elementos que son tomados en cuenta en el aparato psíquico para la organización de las cadenas asociativas[33]. Considérense, si no, las observaciones de Freud respecto de los elementos fonológicos como posible vía para el desplazamiento. Las clases de signos restringen pues, la arbitrariedad de los mismos; dan lugar por así decir, al surgimiento entre ellos de relaciones que deben estar regladas.

El nombre propio, formalmente hablando, es prácticamente inmutable, pero en cuanto al significado que adquiere a partir de la complejidad de cadenas asociativas en las *que se inscribe, su grado de variabilidad es indetermina*ble[34].

El nombre siempre está en déficit respecto de lo nombrado (no lo abarca) y al mismo tiempo en exceso (dice más de lo que debería). Los apodos son un buen ejemplo: complemento de lo primero y circunscripción de lo segundo. *Si el nombre, en el discurso consciente, no contiene lo* que el apodo destaca, no es sino una muestra más de que no hay coincidencia entre el nombre y el sujeto. Ahora bien, el apodo, para el inconsciente, enriquece al nombre en la medida en la que la red de vías asociativas a su disposición aumenta[35].

A continuación se presentan dos casos con los que se busca ilustrar clínicamente las consideraciones hechas hasta ahora y ofrecer un material a partir del cual pensar los cuatro niveles anunciados.

Presentación de casos

Caso I

A continuación se presentan las observaciones que por escrito hizo un amigo respecto a su propio nombre.

El nombre deseado, más de veinte años después

Sentir
que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada...
De la canción de Gardel *Volver.*

Fui el octavo y a la postre el último [tómese nota del lapsus, en realidad quiso escribir "último"] de los hijos de *Tranquilino* y *Manuela*. Nací en un mes de Marzo.
Mi padre sugirió ponerme por nombre el suyo, *Tranquilino*, y *Manuel*, un derivado masculino de *Manuela*. Así, llevaría el nombre de ambos.
Mi madre se opuso. *Manuel* le parecía un bonito nombre, no así *Tranquilino* y, en lugar de éste, sugirió el nombre de *Juan*, por un hermano suyo ya fallecido (y pienso que, en última instancia, por su propia madre, *Juana*).
Entraron en desacuerdo y mi padre insistía en su propuesta, la cual le aseguró a mi madre que cumpliría cuando me llevó al Registro Civil, pero... por alguna razón, finalmente desistió y cumplió el deseo de mi madre.

Juan Manuel me informó verbalmente que doña Manuela no fue al Registro Civil por encontrarse delicada de salud después del parto, pero le pidió a una de sus hijas que acompañara a su papá para evitar que contraviniera su deseo poniéndole al niño Tranquilino Manuel. La joven se sorprendió cuando tranquilamente su padre le informó al juez que el niño se llamaría Juan Manuel. Continúa el escrito:

Más de veinte años después, 27 para ser exactos, y coincidentemente también en el mes de marzo, nació mi primogénito. Para entonces, mi padre había muerto hacía 21 años, y mi madre, cuatro.
Cuando mi mujer quedó embarazada, le sugerí un nombre para nuestro hijo que ella, contrariamente a lo que hizo mi madre, aceptó de inmediato: *Valentín*.
El nombre que yo sugerí se podía dividir en dos partes, una de las cuales correspondía al nombre de un pintor, Valerio, del que yo admiraba, de tiempo atrás, su producción artística.
Mis familiares y amigos empezaron a llamar a mi hijo mediante una contracción de su nombre: *Tin*; yo, por mi parte, lo llamaba con una contracción ligeramente distinta: *Tino*.
Mi mujer me hizo la observación de que la forma como yo llamaba a mi hijo sonaba casi idéntica a la forma como, familiarmente, llamaban a mi padre: *Lino*; ¡Una 'pequeña' observación! ¡Nada más!, ¡Jamás se me había ocurrido, hasta ese momento, que había una relación obvia entre el nombre de mi papá y el que elegí para mi hijo!
Inmediatamente asocié las circunstancias de mi propio nombre, en el cual mi padre no había cumplido el deseo de prolongar el suyo. Un deseo que quedó como suspendido y que me hace pensar en un especie de imperativo: ¡'concluye' este asunto pendiente! Era como si yo hubiera retomado ese deseo incumplido y lo cumpliera, 27 años después, desplazadamente, en mi hijo: de *Tranquilino* al nombre de mi hijo no había mas que un paso... el de una contracción: forma cariñosa de llamar a ambos.

Después de que Juan Manuel me entregó el escrito comentó: "de ser el hijo de Lino, ahora soy el padre de Tino". Yo recordé el trabajo de Freud, *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*, en el que expone la fantasía de:

- *rescatar al padre de un peligro mortal* (Juan Manuel rescata al padre para la cadena de las generaciones);
- ser el padre de sí mismo (en tanto dador de lugares, él define el de su inserción en la serie de las generaciones);
- tener por hijo al padre (en su hijo, le restituye el lugar que la madre le arrebatara)[36].

Con Valentín, Juan Manuel salva el "deseonombre" de su padre, y el deseo de su madre, al "no pasar" Tranquilino.

Sigue Juan Manuel: "a los 18 años, al tramitar mi Cartilla del Servicio Militar, descubrí que en el Acta de nacimiento mi apellido está escrito con S y no con Z, como el apellido de mi papá". Esto fue la base de la fantasía de no ser hijo de su padre (no aclaró si se imaginaba bastardo o adoptivo)[37]. El error lo cometió el empleado al escribir el Acta, pero eso no impidió que, sobre la base de ese elemento, dado en la realidad, se estructurara la fantasía: la S se convirtió en la marca de la anulación del nombre del padre.

Algunas reflexiones:

- ¿En qué dirección(es) investigar la canción-epígrafe?
- ¿Qué significa que, contra la costumbre, no haya sido *el primogénito el bautizado con el nombre del padre*, sino el octavo y "último" [último] hijo?
- ¿Es *Manuel* un derivado masculino de *Manuela* o viceversa?
- ¿Qué significa que a la madre no le guste el nombre del padre?
- ¿Cómo entender que la madre, enferma como estaba, elija para su hijo su nombre, el de un hermano muerto (*Juan*) y el de su madre (*Juana*)?, ¿guerra de genealogías, materna y paterna?
- ¿Por qué el padre, dejando a su esposa en la incertidumbre, va y le satisface su deseo?
- El nombre de *Valentín* condensa el del pintor (¿qué pasó con él?) y el del padre;
- La abuela pone su nombre a su hijo (*Juana-Juan*), hermano de la madre; la madre pone su nombre a su hijo (*Manuela-Manuel*).

Caso II

El segundo caso es el de María Teresa: casada, madre de un hijo, profesionista que ejerce su carrera.

María Teresa fue bautizada con tal nombre debido a que, Iracema, deseado por su madre, no era cristiano: ningún santo se llamaba así, por lo que hubiera sido imposible festejarle el día de su santo. Eligieron el nombre de María, pero querían un nombre compuesto, y al no encontrar uno de su agrado, alguien (?) sugirió el de María Teresa. Aunque registrada con ese nombre, en casa la llaman Iracema. Sólo su madre, cuando está enojada, la llama María Teresa. En el círculo familiar el nombre que le gusta es el de Iracema. María Teresa lo acepta desde hace poco y en el ámbito del trabajo.

Unas cuantas observaciones:

- Hay un código que antecede a la elección (nombre cristiano) respetado formalmente, pero transgredido en la práctica (Iracema).
- Con el cristiano María Teresa le llama su madre "cuando está enojada".
- El nombre cristiano es motivo de celebración (?).
- ¿Quién elige el nombre de Teresa?, ¿qué significa el anonimato de quien lo eligió?.
- Iracema, nombre deseado (transgresión) por la madre.
- ¿Qué relaciones existen entre el círculo familiar (Iracema) y el del trabajo (María Teresa)?

Hay que destacar que en el medio católico, quien elige el nombre no lo da; el que bautiza es el sacerdote y lo hace en nombre de otro.

Cuatro niveles de esa repetición llamada nombre

Nivel cultural

Dada su extensión, sobre este nivel me limito a unas cuantas referencias.

En la *Biblia* el nombre y el nombrar ocupan un lugar muy importante. Antes de Moisés, Yahveh recibe varias denominaciones y epítetos. Después de que Yahveh le ha confiado su nombre a Israel, éste no debe pronunciarlo en vano. Se genera así un tabú y para no violarlo, nuevamente se le darán a Yahveh otras denominaciones como Dios, Mi Señor, etc.[38]. Yahveh le reveló su nombre a Moisés, y la tradición ha querido ver en ese nombre el significado de que Yahveh está presente entre su pueblo. Entre Yahveh y su nombre hay una identificación total, "Yo soy el que soy: Yahveh"; su Nombre es: el amado, alabado, santificado, temido, eterno. Es "por su gran Nombre", a causa de su Nombre, que actúa en favor de Israel. El templo es el lugar donde Yahveh ha "hecho morar su Nombre"[39].

Es interesante observar que siendo tabú el nombre de Yahveh, los nombres substitutos introducen niveles de significación más aprehensibles, más recortados: si al haber una identificación total entre Yahveh y su nombre, no hay historia alguna que acompañe a tal nombre, el tabú hace posible que el hombre introduzca la dimensión histórica.

Ordinariamente, en el caso de todas las otras criaturas, el nombre expresa, en la tradición hebráica, el rol, la actividad o el destino de ese ser en el universo; evoca, también, las circunstancias del nacimiento o el futuro entrevisto por los padres; a veces constituye un tipo de oráculo que desea para el niño el apoyo del Dios de Israel. El nombre dice el potencial social de un hombre, a tal punto que "nombre" puede significar también "renombre" y, por otra parte, estar sin nombre es ser hombre de nada. A los elegidos, Dios les cambia el nombre[40].

El nombre dado por otros imprime en el sujeto una serie de marcas y sentidos, incluso antes del nacimiento.

Examinar lo que la antropología tendría que decir sería muy enriquecedor, pero nos limitaremos a mencionar, en primer término, que en *Tótem y tabú*, Freud le dedica al nombre sugerentes consideraciones, de las que se puede destacar lo siguiente:

> Para los salvajes el nombre es una pieza esencial y un patrimonio importante de la personalidad, [le] adscriben a la palabra su pleno significado-cosa. [...] lo mismo hacen nuestros niños, quienes por ello nunca se avienen a admitir una semejanza léxica carente de significado. [...] respecto del nombre [...], los neuróticos obsesivos se comportan en un todo como los salvajes [...], del trato que dispensan a su propio nombre derivan un buen número de inhibiciones a menudo graves.

A continuación, Freud expone el caso de una paciente que evita, primero, escribir su nombre, después, simplemente escribir, porque se había creado, a causa de sus fantasías, el mandamiento de "no dar nada de su persona"[41].

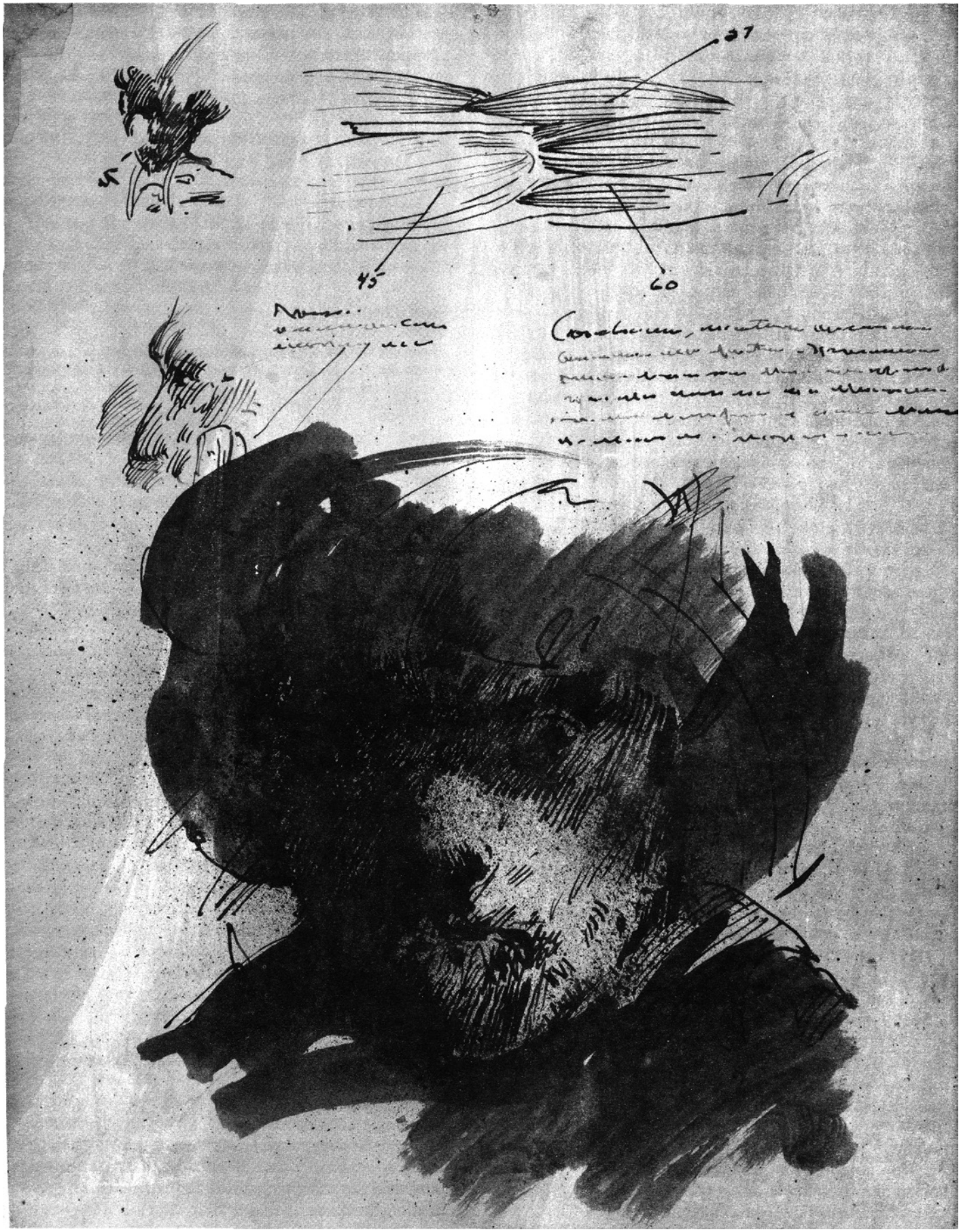
Para los primitivos, dice Freud, "sabiendo uno el nombre de una persona o de un espíritu, adquiere cierto poder sobre su portador". Así, en la brujería se puede dañar a un enemigo emprendiendo sobre sus cosas (cabellos, prendas de vestir, nombre) una acción hostil[42].

Nivel intrageneracional

Al recibir un nombre somos sujetos de una "repetición" pero, ¿entre dos "repeticiones", entre el antes y el después de un nombre, existe o no una ruptura? Para el dador del nombre, "quien repite una historia, o un texto, se ve a sí mismo como coautor, y ello es interminable, infinita concatenación". Una creación así, en la que los autores se pierden unos en otros, constituye "una creación inestable, continua, incesante, que los hombres van modificando y enriqueciendo en sucesivas fases temporales a partir del principio del repetidorcoautor, en cadena sin fin"[43].

Entre los motivos de lo ominoso, Freud destaca que

> la presencia de 'dobles' en todas sus gradaciones y plasmaciones[44] [...]; la identificación con otra persona hasta el punto de equivocarse sobre el propio yo o situar el yo ajeno en el lugar del propio [esto nos introduce ya en la línea de las generaciones] [...] y, por último, el permanente retorno


37
45
60

de lo igual, la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, hechos criminales, y hasta de los nombres a lo largo de varias generaciones sucesivas"[45].

Todo esto es, sin duda, motivo de una profunda herida narcisista: finalmente eso que somos es, en buena medida, un préstamo.

No puedo olvidar el caso de aquel paciente en cuya familia, las mujeres, por tres o cuatro generaciones, se han separado de sus parejas iniciales, con las que han procreado, para después unirse con otro compañero. Lo que resulta interesante es que, de las primeras parejas, en algunos casos, hasta el nombre ha sido borrado de la leyenda familiar. Son las segundas parejas las recordadas como "el bisabuelo", "el abuelo", etcétera.

Aunque tengo un nombre, nunca me refiero a mí mismo por mi nombre (salvo excepciones). Mi nombre es para los otros, para que me recuerden al oirlo, al hablar de mi, para que lo digan, me lo digan, me llamen con él; mi nombre es como el código de entrada a una computadora, hay que conocerlo y saber utilizarlo para que responda; es también el signo de mi inclusión en la serie de las generaciones.

Nivel intersubjetivo familiar

Al niño que "busca" el objeto satisfactor, el adulto le proporciona un código de entendimiento: el lenguaje; esto tendrá lugar a partir de la forma en la que el adulto entienda las demandas y necesidades del niño y las vaya nombrando[46]. Al darle los nombres de todo aquello que necesita y desea, el adulto le da al niño la posesión de esos nombres para que pueda, a su vez, autotraduciéndose, expresar sus deseos.

De mi nombre me apodero en la medida en la que existe para otro, en la medida en que existo para otro, en la medida en la que otro me lo da. Porque reconozco al otro, el otro es mi puerta de entrada en la serie de las relaciones intersubjetivas.

Mi nombre es ese signo a través del cual me reconozco como existente, en cuanto existo para otro, en cuanto otro me reconoce. No basta que yo haya nacido, he de reconocerme. No basta que sea nombrado, de lo contrario me quedaría sólo como creación imaginaria.

Pero el reconocimiento puede ser, también, lugar de anulación: no ya el "yo soy el que soy" original, sino "yo soy el otro", o bien, "tú eres el otro"; en estos casos el tercero interviene de manera incidiosa, anulando: te reconozco a condición de que te anules, en la medida en la que epecularmente yo me reconozca en tí, y tú asumas tu existencia como tal punto de encuentro para mí.

Sin saberlo, y por mecanismos que me antecedieron y marcaron en mi posibilidad como sujeto, al nacer le doy nombre a otros.

Hay nombres que portamos, que viven en nosotros, hablan de nosotros y a nosotros, y que, sin embargo, nos pertenecen menos que otros en la medida en que dependen, en buen grado, de una presencia real, externa a nosotros, para que exista una adecuación entre el nombre y nosotros. Sólo por la presencia de un hijo, una mujer es madre; por sus discípulos, alguien puede ser maestro. El poeta lo dice mejor, leemos en Jaime Labastida:

> ¿Qué palabras podría entregarle
> a la madre,
> muerta también por esa bala?
> [...]
> porque escucho un disparo
> y veo caer, despedazado, a un niño
> que abrazaba el aire con una sonrisa[47].

Nivel intrapsíquico

> *Luego de una breve lucha alcanzo el reposo de mi yo duplicado. Me divido cabalmente: de un lado prevarico, del otro exhalo pureza. Nosotros dos, mi cuerpo y yo, nunca hemos sido tan dos como ahora. En ocasiones ni siquiera nos reconocemos, o nos reunimos tan de repente que ambos ignorábamos dónde estamos.*
> Georg Christoph Lichtenberg

Las hechuras que adopta el nombre en las formaciones del inconsciente muestra el carácter doble del aparato psíquico y la naturaleza conflictiva de las relaciones entre los componentes del mismo.

En 1898, Freud le comunica a Fliess su primer análisis de una operación fallida: el olvido del nombre del poeta Julius Mosen. Freud escribe:

> Pude demostrar entonces lo siguiente: (1) que había reprimido el nombre (Mosen) a causa de ciertas conexiones; (2) que en dicha represión intervenía cierto material infantil; (3) que los nombres substitutivos que se me ocurrieron habían surgido, igual que un síntoma, de ambos grupos de materiales[48].

Un mes después envía para su publicación el artículo "Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria" (su primer trabajo autobiográfico), en el que analisa el olvido del nombre de Signorelli[49], donde reencontramos los tres aspectos arriba señalados.

Operaciones fallidas en las que el nombre propio puede jugar un papel son: su olvido, la confusión de nombres, la tergiversación, la apropiación de uno ajeno, la manifestación de una identificación por vía de trastrabarse en él. Una imitación de operación fallida la encontramos al ofender a otro simulando el olvido de su nombre. Para todos estos fenómenos, Freud demostró una sobredeterminación inconsciente: son actos psíquicos en los que dos propósitos se "expresan".

"Los nombres propios sucumben al olvido más que otros contenidos de memoria"[50] y son, en general, "la más frecuente de nuestras operaciones fallidas"[51]. Al olvidar un nombre, no olvidamos sólo una palabra arbitrariamente adosada a una persona; en realidad introducimos una serie de alteraciones en el conjunto de relaciones significativas

que le prestan a esa palabra su sentido. Esto quiere decir, por ejemplo, que los nombres substitutos que aparecen en lugar de uno olvidado, mantienen con este último nexos asociativos.

Si un nombre se olvida por motivos de displacer, son necesarios motivos que proporcionen un placer capaz de contrabalancear el displacer que se espera de la reproducción[52]. Nombrar a Signorelli es reconocer el conflicto, reencontrar "el nombre dado" a un conflicto que se buscaba denodadamente "considerar como no acontecido"[53].

Hay otro tipo de "olvido" del propio nombre, aquel en el que uno debe renunciar a su nombre o hacer cosas de manera tal que no esté en juego el propio nombre en una especie de clandestinidad del nombre.

En el nivel intrageneracional se mencionó cómo, para Freud, el tema del "doble" se vincula con lo ominoso. La literatura ha explotado ampliamente la extrañeza, la imposibilidad de reconocernos a nosotros mismos, el ser extranjeros en nuestra propia casa, a través, entre otras cosas, del tema del "doble". Este es un tema que nos puede abrir interesantes perspectivas en relación con el nombre propio pero que abordaré en otra ocasión[54].

"El cautivador poder de Edipo rey", del que Freud habla, se debe a que:

> cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así [y lo sigue siendo, en lo inconsciente], y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión que divorcia a su estado infantil de su estado actual[55].

Por la represión mantenemos a raya lo edípico, pero no podemos sustraernos al conflicto que se reactualiza cuando algo nos es dado por la percepción, es decir, cuando logra llamar la atención sobre sí y ser notado por la conciencia, ya que no tiene que sortear censura alguna, como la que impide a lo inconsciente acceder al preconsciente[56].

Al constituirnos como sujetos psíquicos por la represión originaria: inhibición que posibilitó el pensamiento; fijación de la pulsión a una agencia representante psíquico y no admisión de ésta en lo consciente; nacimiento del preconsciente por la sobreinvestidura de la representación-cosa (inconsciente) mediante su enlace con las representaciones-palabra que le corresponden[57]. En cierto sentido, no somos ya uno, sino dos: un mismo nombre designa dos cosas distintas, dos procesos distintos. Al oir nuestro nombre, son siempre dos los interpelados; al referirnos a nosotros mismos por nuestro nombre, es siempre de dos de quienes hablamos.

Ahora puede ser claro el interés por el tema del doble, que constituye una convocación a esa otra parte de nosotros, convocación a la locura, exhibición de ese otro que responde a nuestro nombre propio como a todos los otros nombres en cuanto estos caben, se relacionan, se intercambian, en el "caos deseante" que es nuestro inconsciente, porque entre todos forman uno, imposible de nombrar, límite opuesto del "yo soy el que soy", en realidad ya no se es nadie, lugar de la imposibilidad, del fin de toda identidad. En el límite de la diseminación "somos multitud", como diría Lucifer.

El carácter ominoso que acompaña al doble estriba en que es

> una formación oriunda de las épocas primordiales del alma ya superadas, que en aquel tiempo [poseyeron] sin duda un sentido más benigno, [...] se trata [en el caso del doble] de un retroceso a fases singulares de la historia de desarrollo del sentimiento yoico, de una regresión a épocas en que el yo no se había deslindado aun netamente del mundo exterior, ni del Otro[58].

Resulta entonces que mi nombre, en tanto que designa también a mi inconsciente, designa a ese Otro que me habita como parte del núcleo alrededor del cual me constituí como sujeto.

El título del artículo anuncia el momento del nacimiento de un sujeto psíquico, en realidad es sólo el de la impresión de la marca de uno de los momentos de una compleja continuidad histórica; el primer epígrafe ("¿He de irme como las flores que perecieron? / ¿Nada quedará de mi nombre?"), colocado en el otro polo de la existencia de un hombre, introduce la reflexión que nos permite concluir que nuestro nombre fue muy poco nuestro y que, de su destino, en adelante, ya no seremos protagonistas.

Notas

1. Citado por Elena Poniatowska en "Día de muertos", en *La Jornada Semanal, La Jornada*, 10 de enero de 1988.
2. Cfr. "La reconstruction de la famille d'origine d'après l'arbre généalogique", en *Therapie Familiale*, Ginebra, 1985, vol. VI, núm. 3, p. 337.
3. Una paradoja para iniciar: el punto de llegada del trabajo es un punto de partida. En buena medida, lo que Umberto Eco plantea para la literatura es igualmente válido para muchos otros campos. Dice Eco que ser original es descubrir "eso que los escritores saben siempre (y que tantas veces nos han dicho): los libros hablan siempre de otros libros y toda historia cuenta una historia ya contada". "El bautizo de la rosa", en Nexos, núm. 82, octubre, 1984.
4. *Inconscient et destins, Séminaire de psychanalyse d'enfants 3*, Editions du Seuil, París, 1988.
5. En *Tótem y Tabú* Freud planteaba "la expectativa de que unos intercambios más frecuentes entre los especialistas [de distintos campos] resultarán indudablemente fecundos para la investigación". Cfr. vol. 13, Amorrortu, Buenos Aires, 1980, p. 7. Salvo indicación contraria, las citas de Freud están tomadas de la edición de sus *Obras Completas* (Amorrortu, Buenos Aires). En adelante indicaré únicamente el año de edición del tomo de que se trate, el número del mismo y las páginas correspondientes.
6. Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, t. III, p. 2375.
7. Hobbes, Thomas. *Computation or Logic*, citado por José Ferrater, *op. cit.*, p. 2374.

8. Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*, Alianza Editorial, México, 1987, p. 51.
9. *Ibidem*, pp. 52 y 53.
10. *Ibid.*, p. 53.
11. *Ibid.*, p. 57.
12. *Ibid.*, p. 97.
13. Ferrater Mora, José. *Op. cit.*, p. 2376.
14. Ducrot, Oswald y Todorov, Tzvetan. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 290-291.
15. La pregunta respecto a qué fue primero, si la necesidad de nombrar algo o el sonido que nos sirvió para nombrar ese algo, después de que por una casualidad ambas cosas se unieron en el tiempo y en el espacio, conformando un signo, me parece una cuestión no pertinente para el psicoanálisis; en todo caso, pienso que conduciría, no sin consecuencias, a un problema de creencia.
16. Ducrot y Todorov, *op. cit.*, p. 291.
17. Cfr. This, Bernard. *El padre: acto de nacimiento*, Paidós, Barcelona, 1982.
18. Lichtenberg, Georg Christoph. *Aforismos*, (selección, traducción, prólogo y notas de Juan Villoro), Fondo de Cultura Económica, México, 1989, p. 97.
19. Freud, Sigmund. *Proyecto de psicología* (1950 [1895]), 1982, t. I, p. 345.
20. *Ibidem*, p. 362.
21. *Ibid.*, p. 345.
22. Freud, Sigmund. *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]), 1979, t. V, pp. 530 y sig. En la *Carta 52, Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-99]), 1982, t. I, pp. 274-275. En el *Proyecto de Psicología* (1950 [1892-99]), 1982, t. I, pp. 343 y sig., véase también la Parte III, pp. 408 y sig.
23. Las otras formas [descripciones definidas ("el libro"), los demostrativos ("este", "ese", "aquel"), los deícticos ("yo", para referirse al que habla), los determinantes (Cfr. Ducrot, y Todorov, op. cit., p. 290)] participan en muchos casos de las consideraciones que hacemos en este trabajo. Aun mas, aunque aquí nos referimos evidentemente, a los nombres propios de personas, con todo, ya desde el inicio del trabajo podemos ver cómo algunas de las consideraciones hechas para éstos, son aplicables a otras clases de nombres propios, como por ejemplo a los títulos de libros, artículos, etc., a los nombres de personas morales como empresas, asociaciones, etc.
24. Freud, Sigmund. *Fragmento de análisis de un caso de histeria, op. cit.*, p. 91.
25. Ducrot y Todorov. *Op. cit.*, pp. 290-291.
26. *Loc. cit.*
27. *Ibid.*, p. 157.
28. Cfr. Benveniste, Émile. *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI, México, 1980, p. 50. Con todo, cabe, sin embargo, tener en cuenta las observaciones que el autor hace a la concepción saussuriana de signo, en el mismo lugar.
29. Cfr. Ducrot y Todorov. *Op. cit.*, p. 288.
30. Lichtenberg, Georg Christoph. *Op. cit.*, p. 108.
31. Ducrot y Todorov. *Op. cit.*, pp. 157-158.
32. Benveniste, Emile. *Op. cit.*, pp. 49-50.
33. Ducrot y Todorov. *Op. cit.*, p. 158.
34. Benveniste, Emile. *Op. cit.*, p. 53.
35. No sólo los nombres propios de personas tienen este doble carácter apuntado, otros, como los títulos de obras literarias, nos pueden crear la ilusión de aprehensibilidad del objeto, y sin embargo, un bello ejemplo lo tenemos en Borges cuando nos dice, respecto de una de las obras literarias inmortales: "en el título de *Las mil y una noches* hay algo muy importante: la sugestión de un libro infinito. Virtualmente, lo es. Los árabes dicen que nadie puede leer Las mil y una noches hasta el fin. No por razones de tedio: se siente que el libro es infinito" (Citado por Sánchez Robayna, Andrés. "Sueño de los sueños", en *La Jornada Semanal, La Jornada*, 29 de enero de 1989). El nombre mismo de este trabajo constituye un ejemplo, como lo traté de exponer más arriba.
36. Freud (1910), 1979, t. XI, pp. 166-167.
37. Cfr. Freud, Sigmund. *La novela familiar de los neuróticos*, (1909 [1908]), 1979, t. IX, p. 217.
38. León-Dufour, Xavier (dir.). *Vocabulaire de théologie biblique*, Les Editions du Cerf, París, 1966, pp. 683-684.
39. *Libro del Exodo*, Capítulo 3o, Versículos 14 y 15.
40. León-Dufour, Xavier. *Op. cit.*, pp. 682 y sig.
41. Freud. *Op. cit.*, 1980, t. XIII, pp. 60 y sig.
42. *Ibid.*, p. 85.
43. Sánchez Robayna, Andrés. *Op. cit.*
44. Tema del que nos ocuparemos en otra ocasión.
45. Freud, Sigmund. *Lo ominoso* (1919), 1979, t. XVII, p. 234.
46. Freud, Sigmund. *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, op. cit.*, 1982, t. I, p. 262.
47. "Palabras para una hermana", en *Plural*, núm. 216, septiembre de 1989, México. Aquí se impone un doble trabajo de duelo: el referido al hijo y el referido al nombre de la madre, precipitado (¿parcialmente?) "perdido" de una historia que ha mutado radicalmente su sentido.
48. Freud, Sigmund. *Los orígenes del psicoanálisis*, Carta 94, en *Obras completas*; Santiago Rueda (ed.), Buenos Aires, 1956, t. XXII, p. 298. Véase también, del mismo autor, *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), Amorrortu, Buenos Aires, 1980, t. VI, p. 6 n. 4.
49. Freud, (1898), 1981, t. III, pp. 277 y sig.
50. *Psicopatología de la vida cotidiana*, p. 9.
51. *Ibid.*, p. 46.
52. *Ibid.*, p. 262.
53. Cfr. Freud, Sigmund. *Las neuropsicosis de defensa* (1894a), 1981, t. III, p. 50.
54. El "doble" aparece en la literatura de diferentes maneras: el sujeto se encuentra con otro igual a sí mismo en muchos aspectos o que refleja características propias de manera sorprendente; el sujeto se desdobla en dos de manera tal que una parte de sí mismo observa a la otra, dialoga con ella, o realiza lo que el original no se permitiría; en sueños, particularmente nítidos, la persona se aprecia como distinta y sin embargo, idéntica a si misma; permutándose el yo; puede, también, cobrar la forma de creaciones personales que adquieren, de repente, una imposible independencia de su creador. Cfr. Unamuno, Miguel, *El que se enterró*; García Lorca, Federico, *Confusión*, en *Obras completas*, Aguilar, Valencia, 1965, p. 601; Borges, Jorge Luis, *Veinticinco Agosto 1983 y otros cuentos*, Siruela, Madrid, 1984, pp. 11 y sig.; Borges, Jorge Luis, *Borges y yo*, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, p. 809; Twain, Mark, *Príncipe y mendigo* y *Reportage a un mellizo*; Dostoyevki, Fiodor M. *El doble*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1953, t. I, pp. 207 y sig.; Pérez Galdós, Benito, *El amigo Manso*, Porrúa, México, 1982; Roffe, Irving, "Errata", en *Expresión y tiempo*, núm. 4, año 1, Editorial Expresión y Tiempo, México, 1989, pp. 17 y sig.
55. *Fragmento de la correspondencia con Fliess*, p. 307. Casi en los mismos términos se expresa Freud al introducir el complejo de Edipo en *La interpretación de los sueños, op. cit.*, pp. 269 y sig. El texto entre corchetes es del autor de este trabajo.
56. Cfr. Freud, Sigmund. *La interpretación de los sueños, op. cit.*, pp. 565-566. Inútil decir que no se trata aquí de nada que tenga que ver con un psicoanálisis aplicado o con una "comunicación entre inconscientes". Estos problemas los he abordado en una primera vuelta en "Reflexiones acerca del psicoanálisis aplicado", ponencia presentada en el *Ciclo de conferencias psicoanalíticas* que la Facultad de Psicología de la Universidad de Guadalajara organizó para conmemorar el "Quincuagésimo aniversario del fallecimiento de Sigmund Freud", 2 de diciembre de 1989.
57. Freud, Sigmund. Las siguientes referencias corresponden a lugares en los que se tratan elementos relativos a la represión originaria: *Proyecto de psicología* (1950 [1895]), p. 368; *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente* (1911), 1980, t. XII, pp. 62-63; *La represión* (1915), 1979, t. XIV, p. 142; *Lo inconsciente* (1915), 1979, t. XIV, p. 198; *De la historia de una neurosis infantil* (1918), 1979, t. XVII, p. 109; *El yo y el ello* (1923), 1979, t. XIX, pp. 26-27; *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), 1979, t. XX, p. 90.
58. Freud, Sigmund. *Lo ominoso* , p. 236.